

VÍA CRUCIS DE LAS PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE



Lector: Estamos aquí reunidos para vivir juntos lo que significa el camino de la cruz en seguimiento de ti, Jesús, pero en apertura a las injusticias y nuevos rostros de la pobreza que se han ido multiplicando a lo largo de los siglos. Allí donde nuestros hermanos y hermanas que viven en situación de calle, como continuación de tu pasión, siguen siendo hoy duramente ultrajados en su dignidad y en sus derechos humanos en diversas partes de la tierra. Junto a ti y con nuestros hermanos y hermanas en situación de calle de todo el mundo y en especial de nuestro país, comenzamos hondamente conmovidos este camino de la vía dolorosa, que Tú recorriste un día con tanto amor.

Guía: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Todos: Amén.

Guía: ¡Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos!

Todos: ¡Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador!

PRIMERA ESTACIÓN JESÚS EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

Jesús salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos, y los discípulos le siguieron. Llegado al lugar les dijo: «Pedid que no caigáis en tentación». Y se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra. Levantándose de la oración, vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza; y les dijo: «¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en tentación» (Lc 22, 39 -46).

Reflexión: En aquella noche de sufrimiento y de oración que vivió Jesús, Él destaca solitario, en el centro de la escena, arrodillado sobre los terrones de aquel huerto, como hoy en día lo vemos en el abandono de cualquier persona que afronta la soledad de las calles. Ellos se preguntan: ¿Por qué esta opresión? ¿Por qué esta humillación? ¿Por qué esta prolongada esclavitud? También Cristo está embargado de angustia. Él se hizo débil a causa de nuestros pecados y le resultan familiares los gritos de las personas en situación de

calle que son eco de su agonía; sin embargo, Jesús ora. Entonces, aparece el ángel de la consolación, del apoyo y del consuelo, que ayuda a Jesús y nos ayuda a nosotros a seguir hasta el fin del camino.
¡Orar en el tiempo de la prueba es una experiencia que conmueve el cuerpo y el alma!

Oración: Dios Omnipotente, tu sabes que el sufrimiento y la soledad que experimentan las personas en situación de calle nos da miedo. Ayúdanos para que no tengamos miedo a los temores, sino que confiemos en Tí y que no sigamos dormidos ante las necesidades y clamores de estas personas que viven en la calle, haz que no abandonemos a los que más amamos y que no veamos sólo por nuestras comodidades sino por las de los más necesitados.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria. . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

SEGUNDA ESTACIÓN. JESÚS, TRAICIONADO POR JUDAS, ES ARRESTADO

Todavía estaba hablando, cuando se presentó un grupo; el llamado Judas, uno de los Doce, iba el primero, y se acercó a Jesús para darle un beso. Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?». Viendo los que estaban con él lo que iba a suceder, dijeron: «Señor, ¿herimos a espada?». Y uno de ellos hirió al siervo del Sumo Sacerdote y le llevó la oreja derecha. Pero Jesús dijo: «¡Dejad! ¡Basta ya!». Y tocando la oreja le curó. Dijo Jesús a los sumos sacerdotes, jefes de la guardia del Templo y ancianos que habían venido contra él: «¿Como contra un salteador habéis salido con espadas y palos? Estando yo todos los días en el Templo con vosotros, no me pusisteis las manos encima; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lc 22, 47-53).

Reflexión: Judas es sólo una presencia gélida. Casi parece que no logra acercarse totalmente al rostro de Jesús para besarlo, porque lo detiene la única voz que resuena, la de Cristo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?». Son palabras tristes, pero firmes, que revelan la maraña maligna que anida en el corazón agitado y endurecido del discípulo, tal vez iluso y desengañado, y dentro de poco desesperado. Así es la experiencia dolorosa de tantas personas que están solas en una calle, ante una alcantarilla, en un jardín o ante la indiferencia de la gente, olvidados por todos por ser viejos, enfermos, extranjeros, niños, mujeres o extraños. Jesús bebe con ellos también este cáliz que contiene el veneno del abandono, de la soledad, de la hostilidad, del temor.

Oración: Señor, ayúdanos a comprender que la forma en que son tratadas las personas en situación de calle en el mundo actual es como Jesús mismo señala a los Sumos Sacerdotes y Jefes de la Guardia del Templo y ancianos «¿Como contra un salteador habéis salido con espadas y palos?». Infúndenos la fuerza para que nuestra caridad y sensibilidad ante esos rostros sufrientes nos motiven a crear nuevas relaciones sociales y a propiciar políticas públicas que promuevan su dignidad y su atención.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria. . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

TERCERA ESTACIÓN. JESÚS ES CONDENADO POR EL SANEDRÍN

En cuanto se hizo de día, se reunió el consejo de ancianos del pueblo, sumos sacerdotes y escribas; e hicieron venir a Jesús ante su Sanedrín y le dijeron: «Si tú eres el Cristo, dínoslo». Él respondió: «Si os lo digo, no me creeréis. Si os pregunto, no me responderéis. De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios». Dijeron todos: «Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?». Él les dijo:

«Vosotros lo decís: Yo soy». Dijeron ellos: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos, pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?» (Lc 22, 66- 71)

Reflexión: La respuesta de Jesús parte de una premisa casi desalentada: «Si os lo digo, no me creeréis. Si os pregunto, no me responderéis». Por consiguiente, sabe que se cierne sobre él la incomprensión, la sospecha, el equívoco. Percibe en torno a sí una fría cortina de desconfianza y de hostilidad, A lo largo de los siglos, multitud de inocentes han sido condenados a sufrimientos atroces sólo por vivir en la calle, víctimas de innumerables situaciones de injusticia, de abandono, incomprensión, por su apariencia o falta de identidad . Hay quien clama justicia, pero son ellos, los inocentes, quienes expían los pecados del mundo, en comunión con Cristo, el Inocente.

Oración: Ayúdanos Jesús a no sucumbir ante la tentación de usar la lengua como arma poderosa sólo para condenar y juzgar a los demás. Recuérdanos a todos el deber de dar testimonio de la verdad. Un testimonio que se debe dar incluso cuando es fuerte la tentación de esconderse, de resignarse, de dejarse llevar a la deriva por la opinión dominante. No permitas que juzguemos principalmente a aquellos que se encuentran débiles y en situación de calle.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria. . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

CUARTA ESTACIÓN. JESÚS ES NEGADO POR PEDRO

Entonces le prendieron, se lo llevaron y le hicieron entrar en la casa del Sumo Sacerdote; Pedro le iba siguiendo de lejos. Habían encendido una hoguera en medio del patio y estaban sentados alrededor; Pedro se sentó entre ellos. Una criada, al verle sentado junto a la lumbre, se le quedó mirando y dijo: «Este también estaba con él». Pero él lo negó: «¡Mujer, no le conozco!». Poco después, otro, viéndole, dijo: «Tú también eres uno de ellos». Pedro dijo: «¡Hombre, no lo soy!». Pasada como una hora, otro aseguraba: «Cierto que este también estaba con él, pues además es galileo». Le dijo Pedro: «¡Hombre, no sé de qué hablas!». Y en aquel momento, estando aún hablando, cantó un gallo, y el Señor se volvió y miró a Pedro, y recordó Pedro las palabras del Señor, cuando le dijo: «Antes que cante hoy el gallo, me habrás negado tres veces». Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente (Lc 22, 54-62).

Reflexión: La presunción lleva a Pedro a renegar de ti Señor, su Maestro; en cambio, el arrepentimiento humilde lo confirma como la roca sobre la cual edificaste tu Iglesia. La decisión de confiar la continuación de la obra de la salvación a hombres débiles y vulnerables manifiesta tu sabiduría y poder. Y de los ojos del apóstol resbalan las lágrimas del arrepentimiento. En su historia se condensan numerosas historias de infidelidad y de conversión, de debilidad y de liberación. «He llorado y he creído» Pedro, interpretando también el sentimiento de todos los que cada día realizamos pequeñas traiciones, protegiéndonos tras justificaciones mezquinas, dejándonos arrastrar por temores viles y aún así Jesús con su mirada nos dice “te amo”. Como sucedió al apóstol, también nosotros tenemos abierto el camino del encuentro con la mirada de Cristo, que nos hace el mismo encargo: También tú, «una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32)

Oración: Señor, no permitas que neguemos a nuestros hermanos necesitados, ayúdanos a ser fuertes para no dar la espalda a los que viven las carencias día con día en los diferentes escenarios de las calles. Fortalece nuestro espíritu para que no nos avergoncemos de ellos y podamos influir en el gobierno de tal manera que no niegue sus responsabilidades para disminuir la pobreza en nuestro país.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria. . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

QUINTA ESTACIÓN. JESÚS ES JUZGADO POR PILATO

Pilato convocó a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo y les dijo: «Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, pero yo le he interrogado delante de vosotros y no he hallado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis. Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha remitido. Nada ha hecho, pues, que merezca la muerte. Así que le castigaré y le soltaré». Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: «¡Fuera ese; suéltanos a Barrabás!». Este había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato. Pilato les habló de nuevo, intentando librar a Jesús, pero ellos seguían gritando: «¡Crucifícale, crucifícale!». Por tercera vez les dijo: «Pero ¿qué mal ha hecho este? No encuentro en él ningún delito que merezca la muerte; así que le castigaré y le soltaré». Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado y sus gritos eran cada vez más fuertes. Pilato sentenció que se cumpliera su demanda. Soltó, pues, al que habían pedido, el que estaba en la cárcel por motín y asesinato, y a Jesús se lo entregó a su voluntad (Lc 23, 13-25).

Reflexión: Pilato inútilmente buscaba lavarse las manos, que chorreaban sangre inocente. Es la imagen de todos los que, hoy detentan la autoridad como instrumento de poder y no se preocupan de la justicia. Jesús, que es uno de los pequeños de la tierra, como tantos que viven en situación de calle, sin poder decir una palabra, es ahogado por esta red de complicidades. Un pueblo que pronuncia pena de muerte, aborto, eutanasia, condenando a muerte a los que nos amenazan, en el fondo del corazón estas personas, no aman a Jesús, no eligen el camino de la inocencia sino el de la ausencia de amor.

Oración: Señor, ayúdanos a no sucumbir ante la tentación de adular al poderoso y de oprimir al débil, ni de apoyar a los que controlan el comercio y los medios de comunicación. A no dejarnos manipular por los poderosos para oprimir a los débiles. Que no seamos uno más que nos lavamos las manos después de chorrear sangre inocente.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria. . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

SEXTA ESTACIÓN JESÚS ES AZOTADO Y CORONADO DE ESPINAS

Los hombres que le tenían preso se burlaban de él y le golpeaban; y cubriéndole con un velo le preguntaban: «¡Adivina! ¿Quién es el que te ha pegado?». Y le insultaban diciéndole otras muchas cosas (Lc 22, 63-65).

Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le vistieron un manto de púrpura; y, acercándose a él, le decían: «Salve, rey de los judíos». Y le daban bofetadas (Jn 19, 2-3).

Reflexión: En ese espacio prohibido al público se realiza un gesto que se repetirá a lo largo de los siglos con mil formas sádicas y perversas, en la oscuridad de los rincones de las calles, de tantas celdas o lugares de resguardo de personas, Jesús no sólo es golpeado, sino también humillado en su dignidad. Torturas tremendas siguen surgiendo de la crueldad del corazón humano (cfr. Mateo 15,10) y las de tipo psíquico no son un tormento menor que las corporales; frecuentemente las mismas víctimas se convierten en verdugos. ¿Tienen sentido tantos sufrimientos?

Oración: Señor, no permitas que humillemos a quienes viven el abandono y soledad de la calle, ni que seamos nosotros quienes les encajemos aún más la corona de espinas con nuestra indiferencia y malos tratos.

Tu que todo lo puedes, danos la fuerza para ser sus portavoces y la constancia para continuar orando por ellos, para que esperemos confiados en ti, sabiendo que cuando, al final, se ponga de manifiesto tu realeza, Tú condenarás a todos los torturadores y opresores, e introducirás en la gloria no sólo a las víctimas, sino también a los que les hayan auxiliado (cfr. Mt 25, 31-46)..

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria . . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

SÉPTIMA ESTACIÓN JESÚS ES CARGADO CON LA CRUZ

Cuando se hubieron burlado de él, le quitaron la capa púrpura, le pusieron sus ropas y le sacaron fuera para crucificarle (*Mc 15,20*) .

Reflexión: En los patios del palacio del procurador romano ha concluido la fiesta macabra; caen los harapos de aquel ridículo vestido real, y se abre de par en par el portal. Jesús camina, con sus vestidos habituales, sobre sus hombros lleva el madero horizontal. Avanza en silencio; sus huellas sangran. Y, sin embargo, en torno a él no sólo hay hostilidad o indiferencia. Tras sus pasos avanzan hoy también quienes han elegido seguirlo y luchan por la justicia.

También hoy, como entonces, en torno a Jesús que avanza sosteniendo el madero de la cruz, se desarrolla la vida diaria de la calle, marcada por los negocios, por los escaparates rutilantes, por la búsqueda del placer. Pasa frente a nosotros la vida encrudecida de tantas personas condenadas al desamparo que han sido despojadas y lanzadas a la calle, ¡crucificándolas!

Oración: Señor, no permitas que arrojemos a la calle a ningún hermano nuestro, ni que pasemos indiferentes ante las injusticias y malos tratos hacia éstos. Infunde en nosotros el valor de abrazar la cruz de justicia, para que abrazados a la cruz, abracemos a Jesús; y con Jesús, abracemos a todos nuestros hermanos que sufren en las calles.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria . . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

OCTAVA ESTACIÓN. JESÚS ES AYUDADO POR EL CIRENEO A LLEVAR LA CRUZ

Cuando llevaban a Jesús, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús (*Lc 23,26*) .

Reflexión: Simón volvía del campo cuando una orden tajante lo detiene y lo obliga a llevar durante un tramo del camino, el patíbulo de aquel condenado exhausto. Sobre la cabeza y sobre los hombros de Simón, inclinados bajo el peso de la cruz, resuenan entonces las palabras de san Pablo: «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo» [Gál 6, 2].

En un segundo momento, él corroboró este servicio, se mostró feliz de haber podido ayudar al pobre Condenado y llegó a ser uno de los discípulos en la Iglesia primitiva. Seguramente fue objeto de admiración y casi de envidia por la suerte especial de haber ayudado a Jesús en sus sufrimientos.

Su gesto, realizado como acción forzada, se transforma idealmente en un símbolo de todos los actos de solidaridad en favor de los sentenciados a vivir en la calle, de los que sufren, de los oprimidos y de los cansados.

Oración: Amado Jesús, Tú que seguramente agradeciste al Cirineo su ayuda, aunque el castigo de cruz había sido merecido por nuestros pecados, ayúdanos a asumir y a cumplir con responsabilidad y amor las tareas que emprendamos a favor de las personas de la calle.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria . . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

NOVENA ESTACIÓN. JESÚS ENCUENTRA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose a ellas, dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque llegarán días en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron! Entonces se pondrán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Cubridnos! Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?» (Lc 23,27-31).

Reflexión: Cristo, durante su vida terrena, superando prejuicios, a menudo se había rodeado de mujeres y había conversado con ellas, escuchando sus dramas pequeños y grandes.

Así pues, en torno a Jesús, hasta su última hora, se encuentran numerosas madres, hijas y hermanas.

Nosotros, ahora, nos encontramos con tantas mujeres con grandes dramas: todas las mujeres que viven en la calle, las humilladas y violentadas, las marginadas y sometidas a prácticas indignas, las mujeres con crisis y solas ante su maternidad, las madres de todo el mundo, y las de todas las tierras en guerra, las viudas y las ancianas olvidadas por sus hijos... en fin, es una larga lista de mujeres que testimonian ante un mundo árido y cruel el don de la ternura y de la conmoción y que buscan consuelo, un consuelo que sea verdadera “esperanza”. Buscan ser escuchadas y escuchar hablar del Señor.

Oración: Jesús, tú que aceptas los gestos de caridad de estas mujeres y escuchas su súplica que clama al cielo. Enséñanos a no permanecer sordos ante este clamor y a actuar como verdaderos seguidores tuyos, esforzándonos por escuchar a las mujeres de la calle y en situaciones difíciles y a defender los derechos humanos de las mismas. Poniendo nuestra esperanza en ti, sabemos que podremos lograrlo, pues ya bien nos lo decían los profetas: «Buscad al Señor y viviréis... Entonces se alegrará la doncella en el baile, los mozos y los viejos juntos, y cambiaré su duelo en regocijo, y los consolaré y alegraré de su tristeza» (cfr. Am 5,6; Jer 31,13).

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria . . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

DÉCIMA ESTACIÓN. JESÚS ES CRUCIFICADO

Llegados al lugar llamado Calvario, crucificaron allí a Jesús y a los dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Se repartieron sus vestidos, echando a suertes. Estaba el pueblo mirando; los magistrados hacían muecas diciendo: «A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido». También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre y le decían: «Si tú eres el rey de los judíos, ¡sálvate!». Había encima de él una inscripción: «Este es el rey de los judíos» (Lc 23,33-38).

Reflexión: Comienzan a transcurrir las últimas horas de la vida terrena de Cristo, horas marcadas por el desgarramiento de su carne, por el descoyuntamiento de sus huesos, por la asfixia progresiva, por la desolación interior. Son las horas que atestiguan la plena fraternidad del Hijo de Dios con el hombre abandonado en la calle que sufre, agoniza y muere.

Bajo aquel cuerpo agonizante desfila la multitud que quiere «ver» un espectáculo macabro. Es el retrato de la superficialidad, de la curiosidad trivial, de la búsqueda de emociones fuertes. Un retrato en el que se puede identificar a una sociedad como la nuestra, que sigue recreándose con la desdicha de los abandonados en la calle, que continúa gritándoles: ¡sálvate a ti mismo!

Oración: Señor, concédenos seguirte como Tú nos lo pides, con una fe libre y un amor auténtico que nos lleve a ver por los hermanos sufrientes de la calle, carentes de todo lo esencial, material o espiritual y que nos haga velar por sus derechos humanos aunque nos lleve a la muerte.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria . . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

UNDÉCIMA ESTACIÓN. JESÚS PROMETE SU REINO AL BUEN LADRÓN

Uno de los malhechores colgados en la cruz le insultaba: «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!». Pero el otro le respondió diciendo: «¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino». Jesús le dijo: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (*Lc 23, 39-43*).

Reflexión: Transcurren los minutos de la agonía y la energía vital de Jesús crucificado se está atenuando lentamente. Sin embargo, aún tiene la fuerza para realizar un último acto de amor en favor de uno de los dos condenados que se encuentran a su lado y que representan a la humanidad, que puede elegir darse con amor y confianza o negarse. Y mientras el sol está aún en lo alto del cielo, aquel hombre le pide: «Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino». Obteniendo la respuesta directa de Jesús: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Estas últimas palabras pronunciadas con dificultad por sus gargantas secas resuenan aún hoy y constituyen siempre un signo de confianza y de salvación para quienes han pecado pero también han creído, aunque sea en la última frontera de la vida, esperando el Paraíso, que es la meta de nuestro fatigoso camino en la historia, es la plenitud de la vida, es la intimidad del abrazo con Dios. Es el último don que Cristo nos hace, precisamente a través del sacrificio de su muerte, que se abre a la gloria de la resurrección.

Oración: Señor Jesús, ayúdanos a llevar el anuncio de tu salvación, para que caminemos con nuestros hermanos que sufren en las calles, hasta el encuentro final contigo.

Te pedimos de todo corazón que permitas nuestro arrepentimiento y el de nuestros hermanos de la calle y nos acojas en el Paraíso.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria. . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

DUODÉCIMA ESTACIÓN. JESÚS EN LA CRUZ, LA MADRE Y EL DISCÍPULO

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa (*Jn 19, 25-27*).

Reflexión: En esa hora está el desgarramiento de toda madre. En el caminar no estamos solos, las madres siempre protectoras como María que acompaña a su Hijo amado de una manera que pudiéramos ver como impotente; sin embargo, es la dulzura, la caricia suave al alma y el amor filial que no abandona y que fortalece el espíritu, al igual que la madre que ven a sus hijos en la calle impotentes para hacer algo a favor de ellos, pero éstas flaquean, les hace falta fidelidad a Jesús.

En aquél momento crucial, Jesús se olvida de sí mismo y piensa en su madre, piensa en nosotros y nos dona la más preciado: “Su Madre”. Desde aquel instante María ya no estará sola; se convertirá en la Madre de la Iglesia, un pueblo inmenso de toda lengua, pueblo y estirpe, que a lo largo de los siglos se unirá a ella en

torno a la cruz de Cristo, su primogénito. Desde aquel momento también nosotros caminamos con ella por las sendas de la fe, nos encontramos con ella en la casa donde sopla el Espíritu de Pentecostés, nos sentamos a la mesa donde se parte el pan de la Eucaristía y esperamos el día en que su Hijo vuelva para llevarnos como a ella a la eternidad de su gloria.

María vuelve a ser madre y sus hijos serán todos los que son como «el discípulo amado», es decir, todos los que se acogen bajo el manto de la gracia divina salvadora y que siguen a Cristo con fe y amor.

Oración: Jesús, te damos gracias por pensar en nosotros y donarnos a tu madre. Con María a nuestro lado, toda pena es confortada con la caricia dulce de su amor y cuando nos acogemos a su manto, nos cobija como lo hizo contigo. Ayúdanos a procurar imitarla y a que como Tú sepamos compartir la dicha de tenerla con todas las mujeres que se encuentran en la calle o que tienen algún hijo en la calle, para que puedan encontrar en María el apoyo y ejemplo a seguir.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria . . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

DECIMOTERCERA ESTACIÓN. JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. El velo del Templo se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu» y, dicho esto, expiró. Al ver el centurión lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: «Ciertamente este hombre era justo» (*Lc 23, 44-47*).

Reflexión: El Hijo de Dios, por ser verdaderamente hombre y hermano nuestro, debe beber también el cáliz de la muerte. Se hace plenamente uno de nosotros, presente con nosotros también en la extrema agonía entre la vida y la muerte. Una agonía que tal vez se repite también en estos minutos para un hombre o una mujer, un niño o niña, un anciano o anciana, un enfermo o enferma en situación de calle; sin embargo ¡no pierde la vida, la dona! Para Él no hay amor más grande que dar la vida por el amigo.

Con todo, precisamente a través de la derrota de su humillación y la impotencia de la muerte, Jesús abre la puerta de la gloria y de la vida, revelándose como el verdadero Señor y rey de la historia y del mundo

Oración: Señor, no permitas que nos perdamos en la falsa idea de que estamos bien porque tenemos mucho. Danos fortaleza para donar nuestra vida, ofreciendo algún tiempo para realizar acciones en favor de los abandonados en la calle.

Guía: Padre Nuestro... Ave María . . . Gloria . . . ¡Pequé, Señor, ten misericordia de mi!

Todos: ¡Pecamos, Señor, ten misericordia de nosotros!

DECIMOCUARTA ESTACIÓN. JESÚS ES COLOCADO EN EL SEPULCRO

Había un hombre llamado José, miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo, que no había asentido al consejo y proceder de los demás. Era de Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el Reino de Dios. Se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús y, después de descolgarlo, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca, en el que nadie había sido puesto todavía. Era el día de la Preparación, y ya brillaban las luces del sábado (*Lc 23, 50-54*).

Reflexión: Envuelto en la sábana funeraria, el «santo sudario», el cuerpo crucificado y martirizado de Jesús se desliza lentamente de las manos compasivas y amorosas de José de Arimatea hasta el sepulcro excavado en la roca. José es bueno y justo ojalá; y se dijeran esas dos palabras de nosotros por nuestros hechos. En las horas de silencio que seguirán, está una espera que ahora invade con una tonalidad nueva el corazón de todos los creyentes cuando se encuentran ante un sepulcro o incluso cuando sienten que en su interior se posa la mano fría de la enfermedad o de la muerte. Es la espera de un alba diversa, el alba que

dentro de pocas horas, pasado el sábado, despuntará ante nuestros ojos de discípulos de Cristo. Los tres días que le suceden nos parecen muy largos. Nuestros hermanos fuertes se cansan, los débiles flaquean cada vez más, mientras los prepotentes se yerguen jactanciosos.

Oración: Señor, concede perseverancia a los fuertes, fortalece a los débiles y convierte todos los corazones. Ayúdanos a llevar el mensaje de salvación que dejaste con tu sacrificio de amor, para que encuentren esperanza y consuelo todas las personas que sufren, especialmente los condenados a vivir en el abandono de las calles.

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Lector: En aquella aurora, a lo largo del camino que lleva a las tumbas, saldrá a nuestro encuentro el ángel y nos dirá: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado» [Lc 24,5-6]. Y al volver a nuestras casas, será el Resucitado quien se situará a nuestro lado, caminando con nosotros, cruzando nuestros umbrales para ser huésped a nuestra mesa y partir con nosotros el pan [cfr. Lc 24, 13-32].

Guía: Oremos. Padre santo, por la muerte y la resurrección de tu Hijo has renovado al mundo y nos has llenado de misericordia y de gracia para hacer lo que nos corresponde con las personas que viven en situación de calle de manera confiada en tu Hijo. Danos ahora tu perdón, para que lleguemos con el corazón limpio y con el espíritu lleno de nueva fuerza a celebrar la Pascua de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

Todos: Amén.

BENDICIÓN

Guía: Que el Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la Vida Eterna

Todos: Amén.